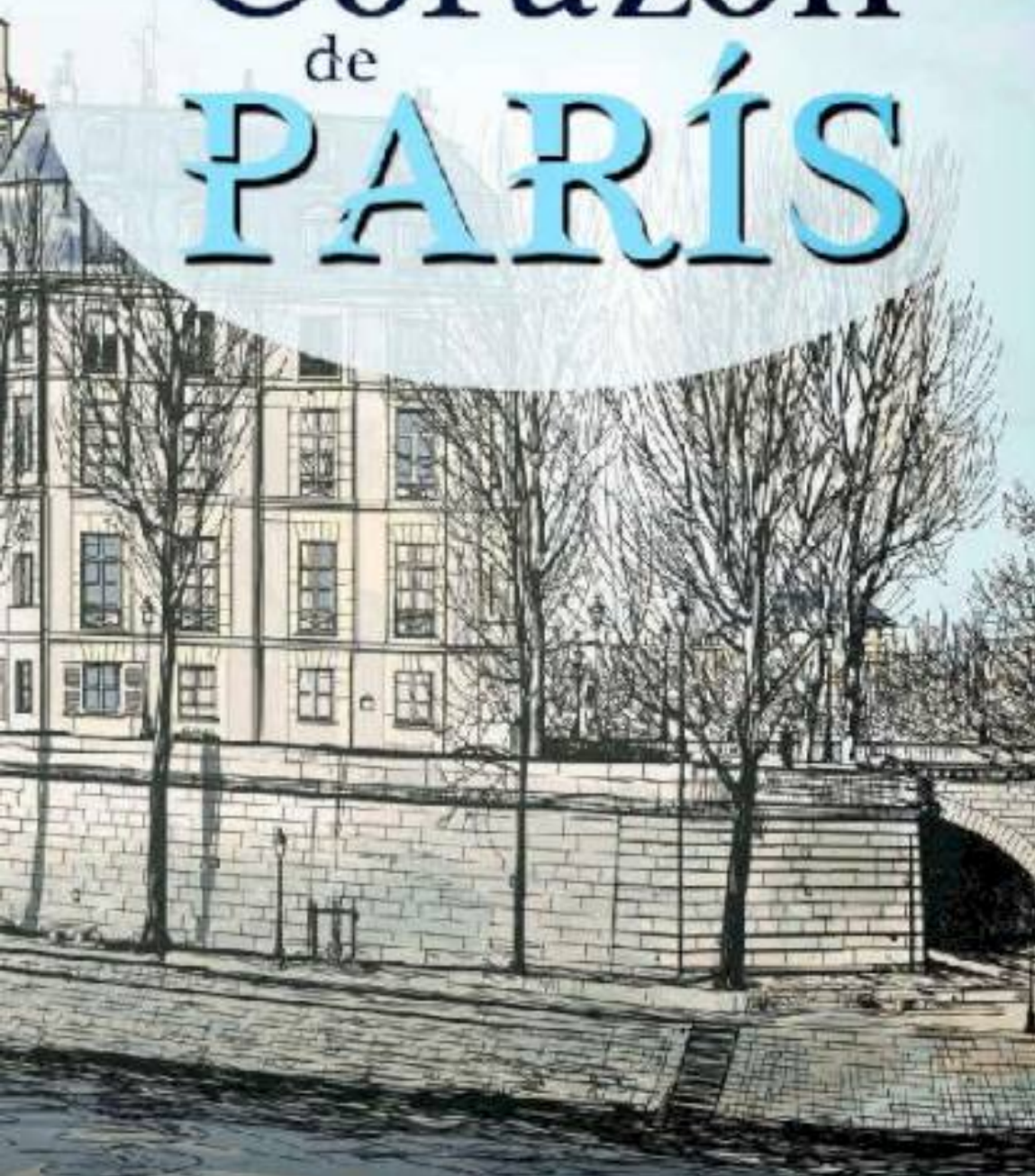
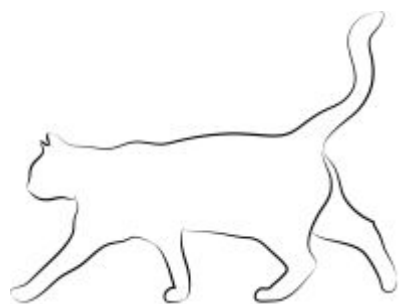


VIRGINIA GIL RODRÍGUEZ

En el
Corazón
de
PARÍS





© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *En el Corazón de París*
Copyright © Virginia Gil Rodríguez 2017.

Primera edición octubre 2017

Edición: *Paloma del Castillo*
Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*
Maquetación: *Alexia Jorques*

*A mis padres que me dieron la vida,
que me regalaron París.*

Índice

Parte 1

1. Siete palabras y un gato.
2. El concurso.
3. Alarma en las Magníficas Asociaciones Lingüísticas (MAL).
4. El viaje.
5. ¿Nos vamos a París?
6. Diferentes preparativos.

Parte 2

7. De la Calle Mayor al aeropuerto.
8. Los tejados.
9. La residencia de estudiantes.
10. El encuentro de Yuk y Fer.
11. Mot, el tesorero.
12. Son, el secretario.
13. Madame Lou, la bouquiniste.
14. El amor no tiene edad.
15. Le Beaujolais nouveau est arrivé.

Parte 3

16. Antes del congreso de Letras.
17. La entrega del premio.
18. Reunión de urgencia.
19. Guy el SDF.
20. El encuentro con Guy.

Parte 4

21. Incidentes matutinos.
22. En el hôpital Hôtel-Dieu.
23. La primera ponencia del doctor Yukosasuna.

24. La segunda ponencia del doctor Yukosasuna.

25. Hora de comer.

26. La desaparición.

27. Las primeras confesiones.

28. ¿Dónde estás, Leo?

29. Lo que ocurrió en realidad.

30. Tarde de sábado en la punta de la Isla San Luis.

31. La última noche en París.

32. La última conversación de los hombres de negro...

Parte 5

33. Mouffetard.

34. En el aeropuerto.

35. Hora de la cena en la Calle Mayor.

Agradecimientos

Parte 1

Palabras y magia fueron al principio una y la misma cosa, e incluso hoy las palabras siguen reteniendo gran parte de su poder mágico.

SIGMUND FREUD



1. Siete palabras y un gato.

En la Calle Mayor, la noche cae.

—¡May, Leo, la cena está lista!

—Voy; solo siete palabras.

—Leo, ¿estás sordo? ¡A cenar!

—Quiero un gato, mamá.

—¿Cómo?

—Que cuándo vamos a tener un gato. ¿No le podemos pedir uno a la señora Mel que tiene un montón?

—¡A cenar, he dicho!

—Voy, mamá, voy —musita decepcionado—. ¡Con lo bien que cuidaría yo a mi gato!

May cierra a tiempo su diario con las siete palabras escritas.

Me estoy olvidando de tu cara, papá.

2. El concurso.

—Han llegado los resultados del concurso... —anuncia la señorita Ona con voz apresurada.

La clase susurra, los nervios afloran; es inevitable.

—¿El concurso de palabras al que había que presentarse antes del verano? —pregunta Ryo sin dejar de mirar a May.

—Exacto. Pero... —trata de seguir la señorita Ona entre cuchicheos— hablaremos de ello al final de la clase.

Y detiene su voz para lograr silencio, lo que consigue de inmediato.

—Odio los "pero" —se queja Lur que ha participado y desea saber algo más.

—¿Por algún motivo en concreto? —pregunta la maestra.

—Ehhh —balbucea— no sé explicarlo.

—Inténtalo a tu manera.

—Porque los "peros" borran siempre lo que se dice antes.

—Te refieres al enunciado que precede a "pero", en este caso: "han llegado los resultados del concurso".

—¡Eso es!

—Tienes toda la razón, Lur, y ¿sabes por qué ocurre eso? —parando de nuevo su voz para crear expectación.

Lur sostiene su mirada. La clase espera, atenta. De nuevo el silencio invade el aula.

—Porque "pero" es una palabra con poder.

—¿Que "pero" tiene poder? —cuestiona Ely.

—Por supuesto, lo acabamos de ver. Muchas palabras tienen poder; algunas más que otras.

—¿Y cómo puede afirmar esto si no lo hemos visto nunca en ningún libro de texto? —desconfía Set.

Antes de responder, la señorita Ona se toma su tiempo. Camina por la clase mientras acaricia la cicatriz de su pómulos, la que tiene forma de letra "A". Respira profunda-

mente y cierra los ojos. Vuelve a tomar aire y se limpia una lágrima que todos contemplan, que May se traga: no le gusta ver triste a la profesora que tanto la ha ayudado. La señorita Ona retoma rauda la palabra:

—En los libros de texto no viene todo lo que debería venir, Set, ni tampoco está lo que realmente importa. Pero no voy a entrar en detalles. En este caso concreto te aconsejo que tú mismo pruebes, que experimentes con las palabras.

Sonríe, vuelve a ser la misma, pero esa lágrima ha desconcertado por completo a May. Oye una voz de fondo que la saca de su ensimismamiento:

—May, ¿para qué sirven las palabras?

—Para escribir, señorita Ona —responde con premura.

—¿Y para qué más? Venga, quiero más respuestas, lo primero que os venga. Tú, Set.

—Para hablar.

—Bien. ¿Más? —mientras pasea entre los pupitres.

—Para llamar a las cosas.

—Cierto. Sin palabras sería difícil identificar los objetos.

—Para contar cómo nos sentimos.

—También es bueno poner nombre a las emociones y sentimientos.

—Para insultar cuando estamos enfadados.

—Ryo, me sorprende que seas tú quien diga esto, pero es cierto. Aunque no es el mejor de los usos. ¿Para algo más?

Miradas silenciosas que se cruzan. La señorita Ona insiste:

—¿Se os ocurre algo más?

May piensa en su padre pero no se atreve a intervenir. Por momentos le cuesta hablar, hasta en presencia de la señorita Ona que ya sabe todo lo sucedido en el pasado. Le gustaría añadir que, para ella, las palabras tienen poder, que pueden hacer daño, sí, pero que sobre todo alivian y ayudan.

—May, te veo con ganas de querer decir algo más —insiste la profesora.

—No —miente la niña pensando en la magia de las palabras.

Para la señorita Ona, May es una niña muy especial aunque no sabe definir el grado de fantasía que habita su mundo. Ya ha investigado y preguntado sibilamente sobre su pasado, (¿Falleció el padre? ¿Les abandonó? ¿Se abrió una investigación?), pero nadie le ha respondido más allá del: “siempre se ha dicho que desapareció por un portal dimensional”. ¡Qué esperar de una niña con el síndrome de la “imaginación fantasiosa agudis”!

Para intentar salir de dudas, una mañana antes de empezar la clase decidió hablarlo con ella:

—May me puedes contar lo que quieras. Aunque no tienes por qué saberlo, yo tampoco he tenido una relación fácil con mi padre. Me encantaría ayudarte pero me tienes que decir la verdad.

—Solo hay una verdad, señorita Ona.

—¿La del portal mágico?

—Eso es.

—Está bien, May. Está bien.

La señorita Ona no insistió. Pasaron días, semanas y meses hasta que llegó el concurso organizado por la MALE (Magnífica Asociación Lingüística Española) y los textos preparados por los alumnos, entre ellos el texto de May. Ese texto que resonó en su mente y corazón, que le llevó a preguntarle si lo había escrito sola:

—Sí. Bueno, pedí ayuda —respondió tranquila.

—¿A tu madre?

—No, ella no escribe. Se la pedí al ángel escritor. ¿Se acuerda del trabajo que presenté cuando usted reemplazó a la señorita Pía?

—Claro que me acuerdo, May —acariciando su melena lacia.

—Y además del ángel creo que también me ayudó mi padre.

—Por supuesto, May.

Y la profesora tragó saliva al percibir con nitidez la soledad en esos ojos color verde aceituna.

La señorita Ona leyó emocionada la carta de la MALE que premiaba a May por el texto que resultó ser merecedor del primer premio a nivel nacional con mención especial a nivel internacional. Pero cuando sus ojos llegaron a la parte del viaje, a la entrega del premio organizada por la MALF, el equivalente de la MALE en Francia, se derrumbó. ¿En las bases del concurso se mencionaba el viaje? ¿Se mencionaba a la MALF? Volvió a leerlas angustiada.

“El ganador o la ganadora recibirá un lote de libros. Además su texto será publicado...”

Sin embargo, en pequeñito, en muy pequeñito sí que se indicaba que el premio podría ser modificado por voluntad de los organizadores; lo que había ocurrido.

La señorita Ona recuerda, ajena a sus alumnos, el texto de May, la carta de la MALE; recuerda la MALF y el viaje. Las lágrimas regresan, el pulso se acelera... Por un momento ha olvidado que está en el aula, que la clase debe seguir, luego ya pensará. Más tarde, a solas, ya pensará.

—Las palabras sirven para crear —proclama la señorita Ona forzando la sonrisa.

Y la palabra crear se dispersa por el aula, **crear, crear, crear**, crear... uniendo su vibración con la campana.

—May, tú eres la ganadora, felicidades.

Ryo la abraza mientras el resto del aula aplaude. La señorita Ona se retira entre sollozos sin poder controlar su respiración.

Estoy contenta, muy contenta por haber ganado. Algo triste porque, hoy, la señorita Ona no estaba bien. No fue

tan difícil ordenar algunas partes de mi diario y así presentarme al concurso. Además contaba con ayuda. El señor Pol dirá que hice trampa; quizá tenga razón. Esto fue lo que escribí, lo que me va a permitir viajar, si mamá me deja, claro.

Lo que sé de las palabras se lo debo a mi padre. Él me enseñó a quererlas y cuando se fue las perdí. Pero conseguí recuperarlas poco a poco. Primero por escrito y a mano. Cuando deslizo mi mano sobre el papel siento que cada letra acompaña algo que yo ya llevo dentro. Luego empecé a hablar poco a poco; porque solo hablaba con mi hermano Leo. Empecé a hablar con mi madre, a decir más de una sola palabra, porque durante mucho tiempo, solo me comunicaba con ella con monosílabos. Es posible, aunque parezca difícil, hablar con palabras de una sola sílaba. Luego fue con mi amigo Ryo, con algunas personas de la Calle Mayor. Y por momentos sentía que mi padre estaba a mi lado para susurrarme lo que tenía exactamente qué decir. Como aquel día en que dije gracias. Gracias a un niño que se burlaba de mí. Así recordé que gracias es una palabra mágica porque logré sentirme fuerte al mismo tiempo que a él se le quedaba cara de zombi. Estoy convencida de que existen más palabras como esa, de las mágicas, me refiero. Un día mi padre me contó que algunas palabras eran mágicas y a mí me encantaría descubrirlas. Porque estoy segura de que hay palabras que cansan y palabras que curan, palabras que enferman y palabras que reconfortan. Porque las palabras no sirven solo para hablar y comunicar, sirven para mucho más. Si él estuviera aquí me lo contaría todo porque lo recuerdo como a un mago de las palabras, por mucho que él dijera que era malo, muy malo. Yo sé que él me lo contaría pero, como no está, tal vez tenga yo que descubrir la magia de las palabras.

3. Alarma en las Magníficas Asociaciones Lingüísticas (MAL).

Las cartas de los alumnos participantes en el concurso por el bicentenario de la MALE se acumulaban en la mesa del señor Deabajo, secretario de la asociación. Cuando leyó el texto de May se sobresaltó y en voz alta exclamó:

—¿Palabras mágicas? ¿A santo de qué, pues?

Empezó a acariciarse la barba con cierto nerviosismo, levantó su tripa a duras penas, se aflojó su corbata de pitufos y repitió:

—La función de las palabras es comunicar, solo comunicar, pues.

Y volviéndose a tocar la barba con la mano que tenía libre musitó algo más tranquilo:

—Pero bueno, este texto no deja de ser un texto infantil pues, un texto en el que se añora la ausencia de un padre, un texto sin fundamento académico, un texto de una niña, pues.

—¿Qué sucede? —inquirió el señor Dearriba, presidente de la MALE, intuyendo la preocupación en la cara del secretario.

—Señor presidente, hemos recibido una carta pues...

—¿Para el concurso?

—Así es. Y, ocurre pues, que es algo diferente a las del resto, y...

El presidente se acercó a la mesa, aposentó primero su tripa, apoyó una mano y con la otra arrebató el papel de las manos temblorosas del secretario. Dejó entonces que sus ojos se deslizaran por las líneas a gran velocidad.

—¡Qué disparate! ¿Quién se ha atrevido a escribir esto?

—Una niña, cosas de niños, señor presidente. Ya sabe, niños, pues.

—No, no sé —visiblemente enojado—. Es un asunto urgente que merece ser discutido con mi homólogo francés de la MALF, mesie Dio.

—¿Urgente, pues?

—Urgente sí, Anselmo Deabajo. Y le quiero a mi lado, atento a la decisión que adoptemos porque usted se la transmitirá a esa niñata.

El presidente solo llamaba al secretario por su nombre completo, Anselmo Deabajo, en caso de estrés o enfado intensos. En esas situaciones, la tripa del secretario temblaba sola sin que pudiera controlarla: siempre le sucedía cuando los nervios lo atenazaban. Él nunca pidió tener ese cargo en la MALE, es más, él no lo quería. Pero desde generaciones el puesto se heredaba. En cuanto nació, el pequeño Anselmo cargó, probablemente en su tripa, con el puesto de secretario. Un puesto de confianza, de responsabilidad para el que nunca creyó estar a la altura.

A primera vista los señores Dearriba y Deabajo se parecían bastante: trajes negros azabache impolutos con corbatas coloreadas (de hecho todos los miembros de las MAL a nivel europeo las llevaban), tripas prominentes, papadas caídas y abultadas, entradas generosas en el cabello. El presidente llevaba larga barba, el secretario algo recortada; un tema de jerarquía.

El señor Dearriba se sentó al otro lado del escritorio, marcó con ímpetu los once dígitos, activó el altavoz y mientras esperaba con aire serio la señal, sus pies se acomodaron sobre la mesa.

—Alo, mesie Dio —dijo con voz de pajarillo.

—¿Paquito? —respondió un rudo bufido.

—Ui —apretando su corbata de pantera rosa y bajando de inmediato los pies al suelo.

—¡Qué estgggraño que me llames ahogggra! ¿Ha ocu-gggrido algo?

—Ui, bon, no. Bueno puede ocurrir —dejando a un lado sus flacos conocimientos de francés porque, era evidente que aunque con acento marcado, *monsieur* Duhaut se comunicaba mejor que él.

—¿Es muy gggrave?